

todo el tiempo que la sufrió debe figurar en primer término entre los días de prueba. Así lo creía yo, y se confirmó mi suposición cuando, allá en los Carnavales de 1899 (si la memoria no me engaña, que en esto de fechas suele engañarme), recibí un corto y apremiante billete de Verdaguer, invitándome a su primer misa después de la interdicción y alzada ya ésta. Me daba las señas de la iglesia y de su casa, añadiendo, naturalmente, la hora. El billete, que andará entre mis papeles, respiraba gozo: era un transporte, era un verso más, una flor del Calvario o un místico idilio. Se traslucía allí el júbilo de la reconciliación con la Amada, la ventura del buen sacerdote a cuyas manos vuelve a descender la augusta Víctima... Formé el propósito de madrugar, que es el más heroico de los propósitos que en Madrid puedan formarse, y de acompañar al poeta en ocasión tan solemne.

La casualidad quiso que justamente la víspera del día señalado por Verdaguer, se celebrase en la Embajada italiana un baile muy nombrado, de cabezas, que traía revuelta a la sociedad matritense. Eché mis cuentas y resolví no acostarme aquella noche: el plan era práctico, porque de la Embajada saldríamos al amanecer. Pero al volver a mi casa y pensar en el cambio de traje, en vestirme el más sencillo que tuviese, en cubrirme con un velo negro, me miré al espejo y vi mi peinado de época, un *poudre* cuyas señas iban a notarse por más que hiciese — tan hondas eran las marcas de las tenacillas y los encañonados peluqueros. — ¿Quién va así a una misa?.. Y rendida de cansancio me dirigí en busca de las sábanas y los colchones...

Pero quedó en mí un pesar, un reconcomio de no haber acompañado a Verdaguer a su reconciliación con la Iglesia, de la cual nunca su voluntad había andado desviada, seguramente... Y me acordé de una palabra divina que solemos echar en olvido, acaso porque nada de cuanto nos rodea nos la recuerda jamás: «Nadie puede servir a dos dueños...»

\*\*

Con la desaparición de Verdaguer se reduce el número, ya tan escaso, de los poetas españoles vivientes que disfrutaban de nombradía innegable y general. Porque muchos escriben en verso; no es que esa casta se haya extinguido, no; lo que sucede es que nadie se ocupa de lo que *cantan...*, o para servirnos de una locución familiar, *es como si cantaran*. Tal vez si eso mismo que nos dicen varios poetas que no han llegado a hacerse escuchar, nos lo hubiesen dicho hace treinta o cuarenta años, se lo hubiesen dicho a otra generación, para algunos de ellos irradiaría espléndida la notoriedad y sonaría estruendoso el aplauso.

Hay así muchos, no sólo poetas, sino artistas de todo género, que llegan retrasados y ya no ocupan puesto en el banquete. Pintores impresionistas que no impresionan; músicos wagnerianos... sin Wagner; novelistas a lo Galdós, a lo Goncourt, a lo Pereda; buenos alumnos de grandes maestros..., pero que se rezagaron, dando tiempo al caprichoso público de cansarse y pedir otro toro..., o no pedir nada y retirarse indiferente. ¡Inmensa tristeza de lo malogrado, en todos los órdenes del sentimiento y en todas las esferas del deseo!

\*\*

Misteriosa afinidad pareceme que existe entre las tentativas artísticas que no dan resultado y los reiterados ensayos de los aeronautas, intrépidos y sin fortuna. ¡Qué de ilusión supone el acto de *hinchar un globo*! Cálculos interminables; noches de desvelo; días de fiebre; y como prenda y oferta en aras del destino, la vida... ¿Quién dijo que faltan en nuestra edad abnegaciones, sacrificios heroicos, rasgos con que el espíritu afirma su dignidad por encima de la materia? Pensad en los aeronautas. Pensad en Nansen, en los exploradores del Polo. Tal vez la mayor parte de los actos sublimes que registra la historia antigua no pudieron equipararse a estas acciones que ya casi no se tienen en cuenta, a fuerza de repetirse. Porque la falange es numerosa, el estímulo constante; la breve tragedia en el aire y la interminable tragedia entre el hielo se representan muy a menudo, y no parece sino que la terrible suerte de los exploradores de esas regiones que se niegan a sufrir el dominio del hombre, es aliciente para otros exploradores resueltos a arrostrarla.

\*\*

Ahí está la reciente aventura de Severo, el aeronauta que acaba de ser, desde una altura de cuatro-

cientos metros, precipitado sobre las losas de un boulevard parisiense. — Toda la fortuna del infeliz sabio se había gastado en construir el dirigible; pero no era Severo lo bastante millonario para prescindir, en la construcción del aparato, de ciertos cálculos de economía. En vez de motores eléctricos, Severo tuvo que contentarse con motores de petróleo, de los más perfeccionados, eso sí, pero que desarrollan un foco de calor. Tal fué la causa de la combustión repentina y espantosa del dirigible *Pax*, y de la catástrofe que costó la vida a Severo y a Saché, su acompañante. — Dos circunstancias merecen consignarse, por curiosas. La primera, el desconsuelo de Alvaro Reis, que no pudo acompañar a Severo por querer éste disponer de más cantidad de lastre que arrojar; la segunda, la resolución de la esposa de Severo, determinada a buscar fondos aquí y allá..., ¿para qué? ¿Para vivir, para endulzar con algo de bienestar su soledad y su viudez? No: para construir un nuevo dirigible, esta vez con motores eléctricos en regla, que demuestre la exactitud de los cálculos de su marido y vindique póstumamente su honra de inventor.

\*\*

La buena fe, y aun mejor diría la credulidad, de tanto banquero y tanto pez gordo parisiense como cayó en las redes del asunto Humbert-Crawford, han soliviantado el amor propio de los franceses, y les han movido a traer a la colada los trapos sucios de la credulidad norteamericana. Y en verdad que los tales trapos merecen sacarse un ratito al sol, para regocijo y consuelo de nosotros, pobrecitos crédulos, que hemos padecido a doña Beldomera, revoltosa de menores pretensiones, aunque tal vez de no menores facultades, que los Humbert-Crawford y los James Addison Reavis, que tanto gusto dieron en Francia y los Estados Unidos.

\*\*

Addison Reavis nos interesa más que los hábiles timadores franceses, porque es un estafador de asunto español, como la ópera *Carmen*. Este listo mozo presentó, ante los tribunales de los Estados Unidos, una demanda reivindicando una sucesión que decía correspondiente a su mujer, y que importaba la bicoca de unos cien millones (agarrarse) de dólares, ó de duros, en castellano. Los documentos que presentó en apoyo de su reclamación satisficieron plenamente a los mejores abogados yanquis, y a consecuencia de esto, los banqueros más opulentos franquearon su caja para adelantar fondos a los futuros archirremillionarios. Un rey de la banca instaló a Reavis y a su mujer en un hotel espléndido, abriéndole crédito ilimitado, empezando por darle de propina cincuenta mil francos. Y joyeros, modistas, sastres, perfumistas, dueños de coches, etc., se apresuraron a facilitarles toda clase de servicios, cobrables el día en que Reavis, ó mejor dicho su mujer, entrasen en posesión de su fantástica herencia....

\*\*

La novela forjada por Reavis era una donación de Felipe V a un don Miguel Silva de Peralta de Córdoba, grande de España, caballero del Toisón, de Santa María de Montesa, con otras muchas hierbas españolas igualmente, de inmensos territorios en Nueva España. — Esta donación, que todavía muchos creen auténtica, se la aplicó Reavis, como muchos se aplican los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, a una niña expósita mejicana, convertida en hermosa mujer, con quien se había casado. Los auténticos Peraltas (responda mi amigo Manuel de Peralta, que desciende del famoso *Mosén Pierres* y que ojalá pudiese reivindicar con títulos positivos esta enorme fortuna, de la cual haría excelente uso); los auténticos Peraltas, repito, se dice que son una familia extinguida del todo. Esto animó a Reavis a la osada suplantación, que por mucho tiempo revistió apariencias de verdad histórica irrefutable, confirmada hasta por indagaciones prolijas y serias en los archivos de Madrid... (¿Qué dice de esto mi otro amigo Bethancourt?) Hasta que un día, el día fatal que siempre llega, tiró el diablo de la manta, y se descubrió, con estupefacción de la gente yanqui, que todo era falso, todo, y Reavis un falsario más, en la lista de artistas eminentes de la letra contrahecha...

Pero ¡que les quiten a él y a su esposa lo bailado!

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POETAS. — AERONAUTAS. — TRAPALONES

Ha muerto un gran poeta al morir Jacinto Verdaguer: no un gran poeta épico — lo digo con mi sinceridad acostumbrada, — pero sí un lírico de exquisito sentimiento, de un misticismo natural y sincero, fruto espontáneo del alma, no resultado del *acarreo* de ideas sugeridas por el crepúsculo que envuelve los espíritus en horas de duda, ansiedad y sequedad.

Mucho diría yo de Verdaguer — porque mucho tengo pensado, y algo inquirido respecto a este curioso ejemplar de la raza poética, — si no supiese que es tiempo perdido y prosa malgastada la que se dedica a aquilatar los merecimientos y el carácter de un muerto ilustre, mientras persiste y flota en el aire el olor a la cera de sus blandones. La hipérbole es entonces tan de rigor, como lo fué acaso en vida la indiferencia, la desgana de lectura y el silencio. Además, hoy, cuando se habla de Verdaguer, no se hace rigurosamente crítica literaria: se hace tal vez algo de política, algo de personalización, mucho de romanticismo; nada de estudio anatómico. Espéremos, pues; que si nos dura la vida, podremos tratar de esto y de otras infinitas cosas.

\*\*

Lo que no quiero omitir es un recuerdo, mejor diría una especie de remordimiento, que evoca en mí el nombre de *Mosén Cinto*. Voy a contarlo.

No sé lo que dirá ese famoso testamento de *Mosén Cinto*, que nos anuncian tan preñado de revelaciones; pero mi convicción es que el autor de *San Francisco* fué un creyente, y que su fe de cristiano y de sacerdote católico no tenía grieta ni mácula. La hermosa unidad de sus creencias era como esas fajas de Persia, de gasa y oro, que se tejen cerrándolas sobre sí mismas; y su filial sumisión a la Iglesia fué, en hombre de inteligencia tan clara y fantasía tan arrebatada y brillante, caso digno de nota, algo que pertenece a la Edad Media, a los tiempos en que la llanura de Vich se cubría de flores al paso del pobrecillo de Asís.

Por lo mismo, debió de ser muy sensible a Verdaguer la suspensión de licencia para decir misa, y